

## ARTÍCULOS DE ESTOS DÍAS

### Era aquí

En el film *Shoa* de Claude Lanzmann, un superviviente avanza silencioso por un verde bosque donde se oyen los cantos de los pájaros. Entonces se para en un lugar y dice: “*Era aquí*”. *Aquí* no se veía nada, pero era la cámara de gas. Podemos imaginarnos el poder cognitivo de la memoria en esos huecos y vacíos. Son vacíos, sí, pero tienen el poder de debilitar la contundencia del olvido. Son huecos de ausencias que se hacen presentes como vacíos. Para la memoria la realidad no es la facticidad, lo que hay, es también lo que quedó en el camino.

Si queremos reconocer la realidad hay que tener en cuenta la significación del dolor acumulado y su significación. El proyecto nazi de exterminio de los judíos era un *proyecto de olvido*. Todos debían morir y todo debía ser destruido los cuerpos quemados, los huesos molidos y las cenizas aventadas: nada debía de quedar en la memoria de la humanidad del holocausto judío. El proyecto de crimen contra la humanidad no se consumó porque olvidar lo que habían vivido los supervivientes no podía permitírsele la humanidad una segunda vez. Había que recordar para que la barbarie no se repitiera. Había nacido o renacido el deber de la memoria.

Una misma banalidad convierte a las víctimas en verdugos y a los verdugos en víctimas. Ciertamente hay víctimas y verdugos, y no deberíamos confundirnos al respecto. Pero el concepto de víctima es impensable sin el correlato de verdugo. Los ayudantes de los nazis eran *moros*, gente tan despreciable como los judíos para los alemanes cuyas órdenes ejecutaban llenos de rabia y furor, no eran monstruos, sino gente cualquiera, salvo raras excepciones. Los monstruos existen, pero más peligrosos son los

hombres comunes puestos al límite, como los militares norteamericanos asesinos treinta años más tarde en Vietnam.

No bastaba con relegarles a tareas marginales, había que cargarlos de culpabilidad, ensangrentarlos, comprometerlos lo más posible pues así habrían contraído con sus jefes el vínculo de la complicidad. Y, cuanto más dura la opresión, tanto mayor era entre los oprimidos la buena disposición para colaborar con el poder: tenían que ser los judíos los que metiesen en los hornos crematorios a los propios judíos: “Nosotros, el pueblo de los *Herren*, de los señores, somos vuestros destructores, pero vosotros no sois mejores; si queremos, y lo queremos, somos capaces de destruir no sólo vuestros cuerpos, sino también vuestras almas, tal como hemos destruido las nuestras”<sup>1</sup>. Un sistema infernal no convierte en santos a sus víctimas, por el contrario, las degrada, las asimila a él, tanto más cuanto más vulnerables sean ellas. El intercambio de papeles entre verdugo y víctima está franco. Desde el origen Caín intentó desfigurar a la humanidad convirtiéndola a través de su crimen en culpable a escala absoluta.

Y si tú estás libre de ese pecado, arroja la primera piedra. Pero no estás del todo libre si te disculpas así de ‘razonablemente’: “Consumidas en Auschwitz a los dos o tres meses las reservas fisiológicas del organismo por el hambre era el destino habitual del prisionero. Sólo podía evitarse con un suplemento alimenticio y, para obtenerlo, se necesitaba tener algún privilegio, grande o pequeño”<sup>2</sup>. O “lo hice porque me lo mandaron mis superiores; otros han cometido actos peores que los míos; dada la educación que he recibido y el ambiente en el que vivía no podía hacer otra cosa; si no lo hubiera hecho yo, lo habría hecho otro en mi lugar, con más brutalidad”. Al final, héroe, vamos a tener que ponerte la medalla al mérito

---

<sup>1</sup> Wiesel, E: *Celebración hasídica*. Muchnik Editores, Barcelona, 1989, p. 47.

<sup>2</sup> Levi, P: *Los hundidos y los salvados*. Muchnik Editores, Barcelona, 1989, p. 36.

comparativo... Pero ¿por qué no te comparas con los mejores, si quieres algo más que una ética mínima?

## I. La humanidad

Este acontecimiento luctuoso se está llevando por delante a una cierta parte de lo que habitualmente se caracteriza como *la humanidad*. Desde mi particular punto de vista, lo que ha dejado al descubierto es la inhumanidad de esa humanidad, la cual, no habiendo salido aún del todo de la megacrisis, ya está volviendo a las andadas.

Covid19. Lo que debería preguntarse no es solamente cuantos muertos se ha llevado por delante un virus tan letal, sino a cuántos habrá dejado tullidos moralmente porque no han sabido, querido, o podido extraer ninguna enseñanza provechosa. Pues quien tiene la valentía de entrar en el templo de su alma, y no solamente quedar encadenado con grilletes a las argollas de su dormitorio, aprende a desprenderse de sí mismo y de los apegos brutales cuya máxima brutalidad es meterse dentro de una armadura para no morir, aunque dentro huelga ya a podrido.

Todo un breviario de podredumbre, cuya fertilidad genera únicamente más podredumbre. ¿Estamos aprendiendo a relativizar las cosas en estos días de confinamiento? ¿Estamos dispuestos a dar importancia a lo que es realmente importante, a desprenderse de todo lo que no es necesario en la vida y en el hogar, para poner orden en la vida, soltar amarras, aligerar la carga y compartir lo que no necesitamos? ¿O solamente estamos esperando a salir del toril apenas nos abran la puerta para volver a empitonar a quien se ponga delante, o a ser empitonado recibiendo *a porta gaiola* al animal que sale echando espuma por su boca incendiada?

*WhatsApp de Facebook WhatsApp Messenger*, de nomenclatura cada vez más compleja debido a su multiplicación hasta el infinito, *WhatsApp de Facebook WhatsApp Messenger* es de todas las cosas rey, de todas padre y madre. Él tiene no solo la

primera y la última palabra, todas las palabras le pertenecen y no hay vacuna capaz de frenar su brutal expansión. Todo ese manoseo del teléfono móvil a toda velocidad, hasta la extenuación, cual corresponde a quien no sabe o no quiere hacer otra cosa que eso, ver muñequitos, difundir bulos, contagiar con *fake news* ¿es eso lo que cabe esperar de una humanidad recién sometida a sangría? De esa otra pandemia existencial nadie habla, mientras todos hablan. El nuevo adicto no reconoce su adicción, una más qué importa, tiene ya tantas.... Sobre el posible restablecimiento de la nueva escuela de vida no hay que hacerse ilusiones si la rueda del eterno retorno de lo idéntico continúa haciéndolo, como lo hace, de mal en peor.

Por mi parte, y durante el intercambio de opiniones con otras gentes, he comprobado que mis posiciones son bastante criticadas por ser críticas, lo entiendo, pues quien a crítica mata a hierro crítico muere. Sea como fuere, creo que estamos esperando una señal para creer, pero no nos será dada otra que la dada al profeta Jonás.

## **II. Aquí, sentado en mi habitación, se me pasa el tiempo**

Estoy sentado ante el ordenador confinado en mi habitación por un virus que desea el mal de la humanidad, tanto que si pudiera acabaría con la vida humana sobre la faz de la tierra. El muy cabrón, pues yo no le he hecho nada. El virus contra el mundo, el mundo contra el virus. Estábamos tan instalados en nuestra cotidianidad, cuando un potente pero invisible enemigo ha venido a destronarla de su condición de centro del planeta. Esto es una violación en toda regla. Y no le van a caer más años que a Plácido Domingo, que ha perdido la placidez de su anterior vivir siempre dominical.

Esta vez algo, una *res extensa* me ha golpeado como un mazazo en la parte trasera de mi cerebro; aún no sé si me contagiare de él con resultado de muerte, pues en este momento soy por mi edad una de sus presas más codiciadas. Él no tiene escrúpulos, no va a considerar que aún puedo escribir libros muy buenos, ni le importa que se me haya otorgado algún que otro doctorado honoris causa, cualquier sangre es buena para este vampiro.

Me dicen que no salga a la calle ni reciba visitas, que rompa con el mundo antes de que el mundo me rompa a mí. Y todo esto cuando la cosa parecía ir como la seda, como si estuviésemos en un remanso de paz. Pero de repente, ¡zas! Toque de queda, queda usted confinado por su propio bien, sí o sí. En el nombre del bien común, abanderando la bandera de la humanidad, el gobierno nacional le obliga a no salir a la calle, no baje la escalera, no toque el ascensor, cálese la máscara, lo hacemos por su bien. El marrón más grande que vieran mis siglos. Claro que hubo otras veces en los siglos postreros en que todo se pobló de miasmas hasta el punto de haber podido acabar con la humanidad, las calamidades forman parte de la vida.

La estupefacción anterior a ésta me sorprendió cuando un militarote de zarzuela apayasado invadió el Congreso de los Diputados durante los primeros compases de la democracia, y dando tiros al aire gritó primero “no se levanten de sus escaños”, y poco más tarde “todo el mundo al suelo”, esperando que llegara la autoridad, “militar, por supuesto”. Cuando alguien te saca el revolver y te enseña su bigote afeitadito sabes que no es razonable desobedecer su “se sienten, coño”. Hay que mantener el aliento contenido, los músculos tensos, el ademán impasible, *impasible el ademán que está presente en nuestro afán...* Pero esclavo ya has comenzado a ser si quieres vivir en libertad tu sumisión.

**III. Yo he venido aquí a hablar de mi posible virus, este, el otro o el demás allá**

Muy pocos se esperaban aquel “glorioso” o ignominioso alzamiento de los gorilas armados de *El Planeta de los simios*, pero desde luego lo de ahora sí que nadie lo había profetizado, ni siquiera estaba en los catálogos de *Nostra Damus*. Como fuere, no sé muy bien si con ambos zurriagazos estoy más preparado ya para el fin del mundo, pero un poco más al menos sí. Cuando el planeta Venus y el *Virus Horribilis* ya no nos sirva de escudo productor, no nos quedará sino regresar cadáveres a nuestros hogares, no *cum scuto*, sino *supra scutum*, conforme al mandato de las madres de los soldados romanos: ya no podremos volver más que muertos.

En realidad, a un viejo sabio como yo lo soy, y ustedes perdonen la aparente inmodestia, aunque todavía se me pueda mirar, nada de esto le extraña demasiado, pues ya ha comenzado a convivir con la máxima inidentidad existencial, que es la inidentidad de la muerte, esa mujer innombrable e insobornable. Más aún en mi caso, tanatólogo de profesión, que además ha escrito algunos libros sobre el morir, no tan tontos como para decir que la muerte no es sino el cambio de las condiciones vida. Incluso si tal fuere, yo no quiero cambiar mi vida para andar vagando eternamente de migración en migración y de transmigración en transmigración, prefiero perderla tal y como la he tenido, única, irrepetible, tanto la amo y tanto ella me ama con indisoluble fidelidad. Tanto y tanto, que creo en su eternidad. Pero dejemos estas reflexiones sobre las que cualquiera puede leer en mis libros ya escritos, no soy budista y no quisiera marear más la perdiz. No es en la muerte cuando uno comprende la nada de todas las cosas, sino mientras vive. Pero no nos atasquemos, lectores y lectoras amigos, porque *yo he venido aquí a hablar del virus*, un poco como el borracho Francisco Umbral en televisión, ebrio como una cuba, balbucía *yo he venido aquí a hablar de mi libro*.

Y aquí comienzo, sentado ante el ordenador, de un tirón como suelo hacerlo, sin apenas variar una coma, excepto para corregir las erratas que cada vez me respetan menos.

#### **IV. Microapocalipsis del coronavirus**

Me lleve o no me lleve por delante, *el microapocalipsis del coronavirus*, tal como lo están viviendo mis contemporáneos, me resulta muy incómodo. Mi hija Esperanza, catedrática de medicina en la universidad noruega de Bergen, por el mero hecho de regresar del Perú a donde había ido por motivos profesionales, sin tener fiebre ni sentirse mal, ha sido puesta (¡ella y su familia!) en cuarentena en el país nórdico. Todo el mundo está apanicado. Obviamente, tampoco en España habíamos vivido una situación similar, y todos andamos aún un poco asombrados por la magnitud del imprevisto.

Para mí este nuevo *microapocalipsis* está siendo la confirmación de una realidad y por ese motivo no me sorprende lo más mínimo: la gente lo único que teme, lo único por lo que pierde el trasero, es la salud y por supuesto la muerte. Nada de las cosas postmortales y más profundas reflexivamente que planteamos nosotros (o yo al menos) en vida tiene verdadera fuerza de alcance, si acaso lo que nosotros planteamos les preocupa tal vez en un segundo plano muy lejano, y casi como un divertimento. Poco le importa a mi vecino el coronavirus de su corazón infectado por los excesivos miasmas del *ego* y del *mi*. Poco le importa al pueblo el coronavirus ecológico que nos mata, e incluso muchos ni lo tienen en cuenta. Es el apego neurótico a la vida el que produce el pánico, y es el pánico lo que densifica la muerte. Hay pánico a la vida. No queremos aceptar nuestra única certeza: el destino que a todos nos llega. Ésta es una sociedad de cobardes atrincherada detrás de la pantalla de un móvil.

Ya estoy viendo a los más prepotentes y a los más postureros lloriquear (se cagan en dios y en la virgen, pero están encacados ellos mismos antes de que el virus se cague en ellos), agazapados en su rincón implorando más mascarillas y más vacunas, más médicos y más ventiladores y más respiraciones asistidas, temiendo por el desabastecimiento de los alimentos que los más avisados piratas ya se han llevado de los almacenes hasta dejarlos completamente vacíos. ¡Tanto sacar pecho sobre el futuro del postántropo y el advenimiento del metántropo y un pequeño virus -“tan pequeñito que si se cae de la mesa se mata”, como dijo aquel ministro de sanidad ante otra crisis sanitaria en tiempos de Adolfo Suárez- podría tumbar al homo sapiens!

Y ya me imagino lo que estarán haciendo los *encuarentenados forzosos*: hablar como posesos por el teléfono móvil y cuchichear sobre el miedo de los vecinos. ¡La cantidad de separaciones de parejas que va a haber después de llevar cuarenta días aislados y sin salir de casa! ¿Qué van a decirse ahora, cuando nunca supieron decirse antes de estos tiempos del cólera?

No me imagino a Jahvé lanzando plagas de coronavirus infecto-contagio-asquerosos sobre la humanidad, pero desde luego nos lo mereceríamos sobradamente. La pregunta sería cómo podríamos cruzar ahora el Mar Rojo del “empoderamiento” para liberarnos del “debilitamiento”, cuando el único que se apodera de esta frágil barquilla es el virus *extranjero* (Reagan *dixit*).

Dicen que en la cama y en el juego se conoce al caballero, eso decían al menos; en la realidad de hoy, sin caballeros, pero con mucha yeguada, es en el coronavirus donde se prueba la medida del hombre. El coronavirus es la medida de todas las cosas, de las que son en tanto que son, y de las que no son en tanto que no son.

Por lo demás, a ver cómo afrontan ahora la realidad los defensores de la *postverdad*: si la verdad no es verdad, va a ser que la verdad sí es verdad, y que la verdad la tiene el coronavirus. Contra la verdad vivíamos mejor, pero con el coronavirus, es decir, sin esa verdad negada, morimos más: la muerte existe y el fugitivo será por ella alcanzado antes de que le dé tiempo a escapar. Y si esto parece duro, más duro es el coronavirus.



## V. La fuerza de los virus

Por la fuerza de los virus, aquí estoy, queridos amigos, y no en México como debiera, porque no me dejan salir: *madrileño infectado, Achtung!*

Esta mañana la ciudad de Madrid parecía otra, he visto a las gentes haciendo colas a medio metro unas de otras para comprar inútilmente mascarillas de protección, pues después del maná egipcio nunca hubo alimento más deseado en pueblo alguno en su travesía hacia la salud. No sé si soy yo quien les mira raro a ellos y a ellas, o ellos e incluso ellas los que me miran a mí del mismo modo. No pocos andan embozándose como en el motín de Esquilache, y por las noches seguramente caminarán por las calles de Madrid con el sombrero coronado de pluma y calado hasta las narices, no vaya a ser que reciban alientos fétidos de indeseadas exhalaciones, para que las superficies de sus rostros no queden al descubierto. De nuevo a cubrirse, a defenderse, a emboscarse. Algo de ellos me está diciendo: cuidado, no te acerques ni un milímetro más, no invadas con tus virus mi virilidad (*virus* y *viris* lo tienen en común todo etimológicamente, como es sabido).

Me malicio incluso que, así las cosas, para más de uno esta alarma no está resultando tan mala porque mayoritariamente se está llevando por delante a las personas ancianas, así que de algún modo va a servir de limpieza etnogeriatrica. Los toros más robustos saldrán fortalecidos para empitonar con mayor fuerza y seguir embistiendo.

Interesante experiencia sociológica sobre la que se escribirán millones de libros y que, como otras anteriores, más o menos parecidas, no sé si servirán mucho para que la gente aprenda a tomarse la vida de una forma menos cerril. De momento ya hay un montón de artículos que han desaparecido de las tiendas como por ensalmo, pues hay gente que se ha llevado toneladas de papel higiénico, seguramente para la incontenible

diarrea que brotará sin cesar de sus gordos traseros. El miedo, es decir, la baba trasera. Como me dice un amigo, la pena es que, por lo visto, preferimos el papel suave y a doble capa que el papel impreso, aunque no hay que desesperar, el excusado es un lugar tradicional de lectura, a lo mejor algunos empiezan ahora una vida de lectura intensa.

## VI. En las cimas de la desesperación

Tenía por aquí en casa un libro de Ciorán, *En las cimas de la desesperación*, que voy a hojear de nuevo para ver si me explica algo de esta experiencia mundial, a ver si me entero de la metafísica del mal. Merecería un libro mío comentándolo, y aunque no creo llegar tan lejos sí que algo haré, aunque me salga un Ciorán cioranado y más puposo aún que el suyo. De mis reclusiones voy a mis reclusiones vengo, y a Dios gracias nunca me ha faltado trabajo. Quizá hoy mismo la alerta de no viajar fuera se extienda a la comunidad de Madrid, así que miraré a ver si tengo por ahí *La peste* de Camus, y comparar también si aquella peste literaria es tan apestosa como esta otra hoy presente. Sería al menos una ocasión para escribir un *Diario de la Peste Coronada por el Virus*, o *La coronación de la peste y el calvario del ser humano*, aunque según voy escribiéndote esto me van surgiendo cataratas de imágenes; pero, en fin, el mundo y la realidad no están hechos para que yo los escriba o describa. Sea como fuere, nada de lo que está aconteciendo me sorprende, pues al fin y al cabo me he esforzado siempre por conocer el alma humana individual y colectiva, especialmente en los periodos de avalanchas y de crisis: se me da bastante bien la historia de la histeria, e incluso la histeria de la historia.

Increíblemente, por lo demás, hay gente que desde que se levanta entra en internet y allí se queda pegadita a la pantalla como una mosca catatónica contemplando una especie de *reloj de víctimas* que va registrando a cada instante entre los fragores del

combate el deceso en todas las latitudes de la Tierra, pues el número de muertos en el mundo crece por milisegundos. Para los más falsos, en cualquier caso, es la hora de la verdad, pues durante toda su vida han estado deseando que llegara este día, el día de los cementerios de muertos bien rellenos. Las agujas van moviéndose y los muertos cayendo. Oficio de tinieblas.

Enfrente de mí, en la noche lúgubre, tengo, pues, el libro de Eugen Cioran *En las cimas de la desesperación*. Su autor, hijo de un pope de la iglesia ortodoxa, nació en una pequeña ciudad de Transilvania (Rumanía), patria de Drácula, licenciándose en 1932 y escribiendo el libro ya citado en 1933 a los 22 años. Es una obra tan desesperada como desesperante que los españoles no leyeron hasta 1991, fecha de su aparición, siendo uno de sus adalides más furibundos Fernando Savater, por aquel entonces desesperado contra el sentido de la vida y hoy desesperado por la pérdida del sentido de la vida, encarnado al parecer en su última compañera sentimental. A ese libro siguieron después -alcanzando fama mundial- *Breviari o de podredumbre*, *Silogismos de la amargura*, y *Ese maldito yo*, entre otros.

Siempre me he preguntado por qué escriben los apologetas de la muerte; en cuanto a la acción práctica, no me parecen muy distintos de los más comprometidos con el optimismo, y hasta los percibo con gran ilusión picando piedra en favor de la desesperación y remando a todo remar sobre las superficies de las aguas que a ellos les parecen putrefactas. Algunos de ellos alcanzan incluso en la vida gran éxito de crítica y público, son aplaudidos, existen con mayor certeza no dubitativa que Renato Descartes mientras se instalan en el no-ser, en la noche, y no entiendo por qué no dejan de bogar corriente arriba con el entusiasmo de quien va a por la medalla olímpica. En todo caso, yo a estos exportadores del llorar y del crujir de dientes les deseo mucha felicidad, aunque lo tengo bien difícil, pues si les deseo felicidad parecería que les ataco, en la medida en que ellos se mueven en la infelicidad cual pez en el agua, pero si les deseo mucha infelicidad van a pensar que soy un mal bicho y van a dejar de seguir leyéndome. No sé si tomar criada o criado, o ponerme a servir. O si ponerme a cursar un doctorado *horroris causa*.

A veces, para promover la libertad de la gente, hay que encerrarla, aunque esté mal que eso lo diga alguien que como yo mismo se proclama libertario. Pero es verdad, por lo menos en el caso presente. Tenemos una pandemia y se ha decretado que la gente no salga a la calle para no contagiar ni ser contagiado. La gente tiene que quedarse en su casa, en una especie de arresto domiciliario, *domicilio coatto* le llaman los italianos, que por cierto también se han visto obligados a prohibir el exilio exterior a los ciudadanos a la vista de la emergencia nacional e internacional. Así que, en esta forzada situación de reclusión domiciliaria, y no habiendo mal que por vez no venga, aquí estamos encerrados defendiendo la libertad. Claro que no sería yo el *espíritu burlón y el alma inquieta* que creo ser, si no dejara constancia de mis discrepancias con las medidas adoptadas por el gobierno: la primera es que hayan quedados exentos de la eventualidad coactiva los señores y las señoras caninas para que sus amados perros y sus amadas perras puedan cagar en la calle (¿se dice *cagar*, correctores de estilo?); la segunda es que del paquete de medidas ordenadas para evitar el contagio no hayan sido excluidas las peluquerías, y ello por el supino argumento de que una permanencia forzosa de las señoras en las casas sin verse bien peinadas podría deprimirlas. Claro, claro. La verdad es que, cuando las cosas las piensan los gobiernos, al final el mundo al revés: que se mueran los viejos pase, pero intolerable fuere que se nos deprimiesen las damas y caballeros o *cabelleros* con sus malos pelos. Al fin y al cabo, una cabeza bien moldeada siempre ha sido mejor considerada que una cabeza bien hecha. Ni una palabra más. No sea que se nos multe por desacato.

En cualquier caso, no creo que pueda encontrar libros más adecuados que los de este rumano apátrida y afrancesado para pasar el tiempo en que dure la cuarentena, la cincuentena, la sexentena o la septentena *virológica*. Espero que mi mano a mano con este joven de veintidós años, Eugenio Ciorán, no sea el virus que definitivamente me arrastre por contagio al otro barrio. Pero no esperen tampoco ustedes que no me lo tome muy en serio. Cuando el sermón es bueno no hay que preocuparse de la forma que tenga el púlpito.

## VII. Eran aplausos, parecían lluvia

“Yo solo espero la llegada de las 20:00 h. Me conformo con oír los aplausos de mis vecinos, confundidos con los míos, dirigidos a los sanitarios que cuidan de nuestros enfermos”, escribe hoy mi buen amigo Agapito Maestre.

Eran aplausos, parecía lluvia. Ayer me asomé a la ventana de mi despacho, como es habitual cuando vivo en España, con la esperanza de encontrar la lluvia suave sobre el suelo reseco de Madrid, y para dar gracias al cielo por aquel posible maná, pero ¡oh cruel desilusión!, lo que llovía no era el deseado líquido elemento, sino una catarata de aplausos y alguna que otra cacerolada, lo que me recordaba al Santiago de Chile de los tiempos de Pinochet. Lo que al día siguiente vino con el *Resistiré* del Dúo Dinámico ya me pareció patético, aquello era la defensa de Madrid frente al acoso fascista en la ciudad universitaria: *no pasarán*.

Es el apego neurótico a la vida el que produce ese pánico, y es el pánico lo que densifica la muerte. Hay pánico a la muerte. No queremos aceptar nuestra única certeza, ese destino que a todos nos llega. Ésta es una sociedad de cobardes atrincherada detrás de la pantalla de un móvil. No digo que la gente no se cuide, pero que lo haga a niveles humanos, no preconconvencionales -“ay, si le pasa a mi hija algo, es enfermera”-, ni convencionales (derechita e izquierdita formando un frente común contra la peste), sino posconvencionales, es decir, trabajando todos para uno y uno para todos, como los tres mosqueteros si hace falta, o incluso si tuviéramos que reclutar a algunos más con cargo a los fondos de reptiles del Estado.

Muchos saldrán de esta pandemia, pero ¿saldrán mejores? ¿saldrán más solidarios?, ¿serán capaces de trabajar, aunque sea sin aplaudir, por todos aquellos que mueren de asco, de injusticia, de desarraigo cada día, las veinticuatro horas del día? Me viene a la mente por asociación de ideas al señorito marido de la reina de

Inglaterra anunciando a bombo y platillo que renunciaba a presidir un rally de coches de carrera para que no se gastase gasolina cuando aquello de la crisis primera del petróleo. Cuando el miedo desapareció, su coche majestuoso salió del garaje.

Pese a su discutible gestión de la crisis actual, san Sánchez saldrá fortalecido por los supervivientes, porque el miedo guarda la viña, y seguramente otro tanto ocurrirá en otros países del mundo, incluso en aquellos donde las dictaduras campean. Poco importa que la China dictatorial esté prohibiendo con muy malos modos la libertad de opinión y de expresión crítica en estos momentos, el caso es que a golpe de bayoneta parece que acabará con el virus. Mas ¿cuándo llegará el milagroso día en que el pueblo comprenda que la bayoneta es un virus arrasador?

Pero a lo que iba, había yo asomado mi carita fuera de la ventana cuando me sentí huracanadamente arrebatado por el viento palmero de mis vecinos entregados al frenesí. Yo, cansado de estudiar a esas horas, había comenzado a poner orden en mi biblioteca, para lo cual me había puesto a limpiar de polvo algunas baldas. En aquel preciso instante, cuando ya había comenzado yo a sacudir un libro contra otro, pero no cualquier librito, sino los ocho volúmenes de la *Gesamtausgabe* u *Obra completa* de Friedrich J. G. Fichte (Frommann Verlag, 1972), el triple de grandes y con más páginas que un Everest, de repente sentí cómo se clavaban en mí los ojos de los cofrades aplaudientes, pues yo hacía con mis sacudidas más ruido que todos ellos juntos. Qué fenómeno, oigan. Hasta sin querer soy un gran campeón.

Pero yo no soy de los suyos. Por lo tanto, esta noche, al filo de las 20:00 horas no repetiré, tengo que regresar antes a casa como Cenicienta, que aplaudan las princesas. Pero no se preocupen, no me echarán de menos, no se morirán de abandono, ellos y ellas seguirán aplaudiendo: miedo es miedo.

De lo que sí me dan tentaciones es de sacudir mis sandalias y no volver al carnaval.

## VIII. Ventaning

En mi *Diccionario de guanacastecismos* (Guanacaste, Costa Rica) se dice que “le cantó la sororoca” cuando le llega la hora. Ayer casi me canta a mí.

¿Pues qué estoy haciendo para tal cosa? No, no teman, no estoy cantando *resistiré*, aunque mal no me hubiera venido, a tenor de mi peripecia de ayer tarde-noche. Justo a la hora del aplauso estaba yo entregado a la lucha contra el polvo acumulado por los libros, cuando hete aquí que la escalera de tijera se abrió en canal y di con ella en tierra como don Quijote diera adarga en ristre frente a sus molinos. Fue un castañazo sonoro, casi como un aplauso lleno de rabia. Fácilmente deduje que ya no está uno como para tanta limpia, y que el polvo de los anaqueles de mis estanterías más elevadas debe campar por sus anchas, que doña Limpieza me perdone. Yo soy tan celoso en mi entrega a lo que sea, que cuando abrazo una causa termino ahogado por la magnitud de su abrazo, o ahogándola. Nada, pues, de extraño, digo a modo de consolación, que el desmedido impulso haya dado conmigo, o mejor con mi grasa, cuan largo era sobre el parqué. Era el día del padre y casi dejó huérfanos a mis hijos.

En este momento ha cesado el aplauso, se ha iniciado la cacerolada, y espero para el final como coronación (no del tipo coronavirus) los fuegos artificiales, francamente *diver*. Mis vecinos están irrefragablemente entregados a un frenesí de *balconing* o *ventaning*, se lo juro: de repente algunas voces gritan desde su balcón: “*Hola don Pepito*”, y otras desde el suyo responden: “*Hola, don José*”. Los primeros insisten: “*¿Vio usted a mi abuela?*” Y los segundos: “*A su abuela yo la vi*”. Coda final de los *hunos*: “*Adiós, don Pepito*”, coda final de los *hotros*: “*Adiós, don José*”. Qué nivel, Maribel.

Pero volvamos a mi caída: ¿Y si se hubieran quedado ustedes sin este pobre filósofo gordo por culpa de su leñazo o bellotazo?, ¿quién les pondría la cabeza al revés con este humor negro suyo?, ¿llorarían su cadáver como si de muerte por virus se hubiera tratado?

No, por favor, lágrimas las justas, al fin y al cabo todos tenemos que morir, aplaudiendo o aplaudidos, jodiendo o jodidos, pues ya dijo entre ventoseo anal y ventoseo anal don Camilo José de Cela que lo mismo no es.

Así que hasta mañana, si logro sobrevivir del próximo infortunio. A las cuatro de la tarde del día 20 de noviembre de 1936, en la habitación número 15 del hotel Ritz, y asistido por el médico José Santamaría, quien estuvo permanentemente a la cabecera de la cama dando órdenes rigurosas para que nadie entrase a molestar, moriría Buenaventura Durruti. Tenía exactamente cuarenta años y ciento veintinueve días. Murió cuatro meses después de su amigo y hermano Francisco Ascaso. Con la extinción de estas vidas terminaba uno de los más agitados capítulos de la lucha anarquista. ¿Se dan ustedes cuenta de que hasta los anarquistas mueren?

## **IX. A un tal querido Carlos**

“1.-Tenemos un problema sanitario que consiste en que una infección viral de buen pronóstico, pero muy contagiosa, se mete en nuestras casas. Genera una alarma sanitaria por cuanto la contagiosidad es capaz de bloquear a la *mejor sanidad del mundo*, la nuestra, en la que los médicos y sanitarios más jóvenes se presentan voluntarios a las urgencias porque dicen que es mejor que se contagien ellos que nosotros, que somos más mayores y de riesgo. ¡Qué buena gente! Como no hay mascarillas para todos, pues van sin ella, alguno se ha traído de casa una especie de pasamontañas que utiliza para ir a la sierra.

2. La *mejor sanidad del mundo* dice que no se vaya a los centros de salud ni hospitales, pero cuando consultas por teléfono y le planteas alguna duda razonable, te contesta a las 48 horas que no sabe resolver y te mandan al centro de salud.

3. La *mejor sanidad del mundo* dice carecer de suficientes respiradores para tratar los casos agudos, complejos y



vitales, dicen que van a contratar a los médicos de último curso de residencia para que se queden y a los que aprobaron el MIR pero no obtuvieron plaza, así como a los médicos extranjeros que se están homologando para ejercer, no descartan cerrar fronteras, pero nos dicen también que no estemos nerviosos ni alarmados. Algunos presidentes de comunidades autónomas, con las competencias transferidas de sanidad, se ponen a las órdenes del ministerio, algunos otros dicen que les quitan competencias y no están de acuerdo. Algunos enfermos acuden al hospital para que les atiendan ‘de lo suyo’ que, aunque saben es de rutina, es lo suyo y exigen celeridad y buena atención.

4. Los líderes políticos de la *mejor sanidad del mundo* se hacen los análisis, “la prueba”, los primeros, aunque el protocolo dice que no estaría indicado, y cumplen la cuarentena según convenga. ¿Cuál es la credibilidad?

5. Los líderes políticos de la *mejor sanidad del mundo* se sienten desbordados, muertos de miedo, pues se atenta contra su “inmortalidad”. Echo de menos líderes éticos, moral y espiritualmente capacitados, estos no aman a nadie ni identifican prójimo alguno, aunque sea muy próximo.

6. Aun con todo, mantengo la esperanza. En los enfermos que te miran a la cara y confían antes que exigir a voces, en los médicos y todos los sanitarios que les dicen con su mirada ¡estoy aquí y no te abandonaré. Me quedo con los líderes humanos. Esto y otras muchas cosas están pasando, ¡vaya tropa!

A finales de mayo hablaremos de otra manera, tendremos un montón de actos para colgar medallas y seguir viviendo en la media verdad, la que alimenta a la mediocracia, pero quizá alguno de estos jóvenes cansados y comprometidos haya visto y experimentado el rostro del otro. Entonces vuelvo a dar gracias a Dios porque la esperanza sigue viviendo. Un fuerte abrazo de tu amigo y hermano.

F.B. Catedrático. Facultad de Medicina. Universidad Complutense de Madrid”.

P.S: Hermano mío: mil gracias. Ahí te va la opinión de alguien que me da una patada en tu trasero y hasta en el del Papa. En efecto, un *quiddam* me escribe: “Carlos, ¿de qué vas? Ante el

sufrimiento de tus vecinos, tus amigos y toda la humanidad ¿tú te ríes, te consideras un sabio y superior a quiéeeeeeen?”.

Con o sin pataletas, yo agradezco por mi parte que este Papa critique al que evade impuestos: “La carencia de coronavirus es culpa también de quienes evaden pagar impuestos”. Esto es un auténtico diálogo a cuatro bandas sin habérselo pensado: el *quiddam*, tú, el Papa y yo.

## 10. ¿Matar al virus mensajero?

Los menores de 26 años son *centennials*, los de 26 a 38 años son *millennials*, y los de 39 a 50 años son la *generación X*. De 51 a 70 años son los *baby boomers*, y los de más de 70 años la *silent generation*. Yo (1944) pertenezco por los pelos a la *generación silenciosa* por haber nacido entre finales de los años 1920 y mediados de los años 1940, cuyo animal totémico habría sido el burro de carga sufrido y silencioso, a diferencia del burrito blando, suave y aterciopelado de Juan Ramón Jiménez.

He conocido a los *bloussons noirs* (entre 1958 y 1961) aquellos existencialistas borrachos bajo los puentes del Sena precursores de los *hippys* y continuadores de la secta de los cínicos griegos; he cantado con los *angry young men* de la generación de Elvys aquel *Blue Suede Shoes*: “Now go, cat, go But don’t you Step on my blue suede shoes. Well, you can do anything But lay off of my blue suede shoes. Well, all over the place Do anything That you wanna do, but Honey, lay off of my shoes”. Y he bailado, buen rockero, aquella chulería que buscaba camorra: “*If you’re looking for trouble You came to the right place. If you’re looking for trouble Just look right in my face*”.

He conocido varias generaciones, ya tengo una buena edad para que el coronavirus me mate, y la mayor estupefacción en estos días de microapocalipsis la constituye asistir al pavoroso

miedo de la gente -viejos por supuesto, pero también y por igual jóvenes- a que algún hachazo invisible y homicida vaya a matarles. ¿Esperan acaso vivir siempre en la Tierra? Pues una cosa está bien probada hasta hoy: que todos moriremos en la isla de *La Palma*. Da igual el trayecto, las Rozas, las Matas, y la Cagas, pero al final la Palmas.

Ese pandémico pánico a morir demuestra que la inmensa mayoría de la población necesita ser reeducada en la vida, y nunca es tarde. Es imprescindible más inteligencia emocional, disminuir la toxicidad de la histeria contagiosa, para que mueran menos. La muerte no es morir, morir se acaba. Y, ya que tenemos que morir, no matemos al mensajero. No sé qué filosofía habrán aprendido los bachilleres, o si ninguna, pero la placidez de la muerte abierta a la vida y educando a sus verdugos constituye para mí un modelo de plausibilidad, que falta por entero en el discurso hedonista de quien vivió para comer ignorando que comía para morir. Sobra histeria, e incluso crueldad cuando achechamos a todos para buscar la culpabilidad, especialmente si quien te anuncia la fecha de tu muerte es el mensajero.

Sin el signo de esa angustia yo no quisiera vivir más de lo que Dios me tenga asignado, agradeciendo que haya sido bastante. Tampoco puedo bendecir a quienes se dicen creyentes en la vida eterna junto a Dios, y sin embargo se resisten con uñas y dientes arañando la tierra para dilatar infinitamente el encuentro con ese Dios supuestamente pero no realmente anhelado, otra mentira. También los aledaños de la muerte configuran su paisaje. Sea, pues, dada a la muerte lo que de la muerte sea, y a la vida lo que sea de la vida.

Cada día escribo una columna breve durante media hora, ni un minuto más, y la envío a los amigos, es decir, a quienes quiero: es mi manera de aplaudirles. Yo agradezco sus respuestas, muchas de ellas reprochando mi causticidad y mi humor negro, molestas incluso con mi supuesta superioridad. Está bien, gracias. Sí que es cierto que juego en otra liga. Y, como siempre, vuelvo a mi vómito cual puerca lavada, si ustedes quieren: “Una

generación va, otra generación viene, pero la tierra siempre permanece. Sale el sol y el sol se pone; corre a su lugar, y allí vuelve a salir. Sopla hacia el sur el viento y gira hacia el norte; gira que te gira sigue el viento y vuelve el viento a girar... Quien ama el dinero no se harta de él, y para quien ama riquezas no bastan ganancias. También esto es vanidad. A muchos bienes, muchos que los devoren”.

Quien no aprendió a vivir no sabrá morir. Gracias, Dios mío, por la vida que nos das también cuando morimos, incluso cuando no queremos.

## **XI. ¿Morirme yo? No joda, señor juez...**

¿Toda la vida haciendo *footing* o *pierning*, comiendo cosas desabridas y sin sustancia, una esquelética ensalada por la noche o una manzana y vas que chutas, cuidado con las proteínas, ese alimento produce cáncer, ni un kilo de más, abajo la antropología y arriba la trofología... y ahora morirme, así, como que no quiere la cosa, por una mierda de virus que no vale nada? No hay derecho que no dejen a las guapas lucir flores en los pechos: ni *flowers*.

Conozco gentes que se sienten injustamente tratadas porque tanta lucha por estar bien y ahora mira cómo me lo paga la naturaleza, ahora sí que después de no creer en Dios no creo ni en la *Pacha mama*...

Hombre, tampoco está bien, pero la mala peste sería menos dolorosa si, *with the Wind gone*, al menos el viento se llevara a los más decrepitos, total sólo unos añitos de menos y además en muchos casos padeciendo enfermedades severas y crueles...

O por lo menos *que se mueran los feos, que no quede ninguno, ninguno, ninguno, ninguno de feos, que se mueran, yo, yo, yo, soy muy feo, y la estética por mucho que avance no me*

*salvará: que se mueran*, cantaban mis maravillosos *Sirex*, canción que -guitarra eléctrica con sus cabriolas incluidas- a mí me encantaba, quizá porque nunca he sido demasiado feo, e incluso hasta un poco guapito de cara...

Que se mueran sobre todo los malos, y por supuesto los peores, especialmente los políticos y los catalanes, y no digamos nada si se trata de políticos catalanes, ¿pero yo, que soy moralista depurado y huelo a incienso, del Real Madrid aunque no gane y *manque pierda*, y dispuesto a morir o a matar por Dios, por la patria y el Rey, aunque éste sea un canalla, pero sí por su estirpe? Hombre, no me haga usted eso, no es justo.

Escuche, señor juez, tengo ideología de género, del mejor género, yo no maté, no mentí, no robé, yo nada vi, yo nada oí, como en la Zarzuela, ¿y ahora me viene usted con que se me recluye en espera de una posible condena a muerte? ¿Pero no habrá otros más merecedores de esa brutalidad? Soy culto, he escrito millones de libros plagiados, eso sí, vamos señor juez, avéngase a razones por una vez...

¿Pero es que acaso no sabe usted con quién está tratando? Yo podría, si quisiera, trasplantarme el pulmón de mis jornaleros clandestinos sin que nadie los echara de menos, porque yo no me puedo morir, soy rico...

Usted me escrachea, señor juez, vive apostado achechando mi libertad para impedirlo. Queda su señoría advertida: cuando este equívoco concluya se va a acordar del trato humillante a que me está sometiendo, y me las va a pagar todas juntas. Hasta las ganas de vivir va usted a perderlas. ¿Es que acaso no se ha dado cuenta todavía de que nada hay para mí más humillante que ser considerado mortal por usted conforme al derecho común, togado bicho perecedero, jodido cabrón?

Sepa que también, no faltaba más, he comenzado a redactar un pliego de descargos cargando contra la inhumanidad de Dios, ya que sin pedirnos permiso nos ha hecho *morituri te salutant*. El Dios compasivo tiene que comprender mis razones para no morir,

y por lo mismo para equiparar mi edad como aquella otra de la que gozó Matusalén.

Gracias le sean dadas a usted, cuya vida guarde Dios muchos años, por lo menos, setenta veces siete.

## **XII. Y allá va la despedida**

Bien, pues hasta aquí hemos llegado. No doy una pintada más, pase lo que pase. He querido pasar los primeros días de una pandemia escribiendo algo para distraer humildemente a los amigos y amigas que, clausurados en sus domicilios, podrían necesitar alguna lectura para romper el hastío y quisieran hacerlo. Quien da lo que tiene y lo que es no está obligado a más. Tampoco tú estás obligado a leerlo. Gracias.

Estas pocas páginas que siguen han sido y son a vida o muerte. Quieren la vida y la viven desde las dimensiones de vida que hay en la muerte; aceptan la muerte, pero como resultado de una experiencia de vida. El medio para deshacerse de quien siempre contradice es callar y escuchar reposadamente, pero no es mi estilo. Mi estilo es luchar, con o sin libertad.

¿Creen ustedes en las coincidencias y en las diosidencias? Pues en este instante, cuando ya había comenzado a hacerlo, me escribe Emmanuel Buch, un pastor protestante que es la mitad de mi alma, *dimidium animae meae*: “Oye, ¿por qué no vas escribiendo un libro a modo de diario mientras dura la obligación de quedarse en casa? John Donne hizo algo así en el siglo XVII mientras se recuperaba de una enfermedad”.

Hay dos tipos de enfermedades de las que podemos librarnos; la primera es la pandemia del virus canalla, y la segunda la del virus del virus canalla, que es un ser humano cuando deja de serlo, cuando aumenta por ochocientos el número de sus mensajitos para ir haciendo dedo, sin la menor intención de cambiar la mugre intestinal donde se repliega lo inalcanzable. Así

que después de la crisis seguirá la crisis, porque hemos llegado a un grado de idiotez que ni la muerte lo soporta.

Y cierro con estas palabras de mi sabio amigo Ramón Horcajada: “No recuerdo bien si fue Primo Levi en su libro *Si esto es un hombre*, u otro superviviente de los campos de exterminio nazis, del que pude leer la siguiente declaración: *de Auschwitz no salimos vivos los mejores*. No se puede ser más duro consigo mismo, pero a la vez tampoco se puede ser más realista. De allí no salieron vivos los mejores, de allí no salieron vivos aquellos cuyos principios no se asentaron en la mera supervivencia de sí mismos, aquellos que no estaban dispuestos a hacer lo que fuese por sobrevivir. Sé que la comparación es desproporcionada, pero veía los acontecimientos de estos últimos días y por algún momento me vinieron a la cabeza las palabras de Primo Levi. Una sociedad opulenta como la nuestra se ve tambaleada por un enemigo microscópico y la irracionalidad del miedo contagiado, más rápido que el propio virus, lo que desata es esa gran tensión que hay en el espíritu humano entre la donación y el egocentrismo, esa lucha a veces neurótica entre el amor y el egoísmo que subyace en cada uno de nosotros. Es esa tensión percibida entre la capacidad de entrega de tanta y tanta gente y la de aquellos cuya única preocupación era dejar sus despensas bien llenas o la de aquellos cuya preocupación fue salir por piernas a la playa, a la segunda vivienda, y el que venga detrás que arree.

Hemos vivido momentos dantescos a lo largo de estos días. Pero todo responde al mismo principio: la supervivencia está en juego. Y si el final fuese apocalíptico nos encontraríamos con la misma escena: de allí no salieron vivos los mejores, aquellos que han estado como especialistas en primera línea de fuego contra el virus, aquellos que por solidaridad se pusieron a disposición de enfermos y de ancianos para ayudar, aquellos que dieron su tiempo para cuidar y trabajar por los demás. Pero para reconocer algo tan sencillo, que los mejores no salieron vivos de allí, necesitamos a alguien honrado capaz de reconocerlo, porque mientras él no lo reconozca la imagen que veríamos no dista mucho de una cara totalmente complacida y satisfecha en cuyo rostro se va dibujando una leve sonrisa que te mira como

diciéndote que las cosas son así y quien no lo vea siembra su propia desgracia (aunque salga a su balcón a aplaudir el esfuerzo del otro)”.